

CONSEJOS PATERNOS Y EDUCACIÓN: DE GARGANTÚA A DON QUIJOTE

J. Antonio González Alcaraz
Universidad de Murcia*

Résumé: Dans les deux exemples littéraires que je me propose commenter, la lettre de Gargantua à son fils Pantagruel et les conseils de Don Quichotte à Sancho Panza dans les chapitres XLII et XLIII de la deuxième partie du *Quichotte*, j'étudie ces conseils qu'un père ou quelqu'un ayant les mêmes attributs, offre à son fils ou son protégé pour affronter un futur acte de gouvernement.

Resumen: En los dos ejemplos literarios que me propongo comentar, la carta de Gargantua a su hijo Pantagruel y las advertencias de Don Quijote a Sancho Panza en los capítulos XLII y XLIII de la segunda parte del *Quijote*, se estudian los consejos que un padre, o alguien con atributos de tal, ofrece a su hijo o encomendado para afrontar un futuro gobierno.

En el complejo tema de la educación ocupa un puesto relevante, como es lógico, el cuidado de los padres por el futuro de sus hijos, preocupación que cristaliza frecuentemente en consejos a seguir que se ofrecen como fruto de la experiencia a fin de evitar errores y equivocaciones y de orientar, en la medida de lo posible, hacia el camino del éxito.

Este tipo de consejos experimentados que surgen de los desvelos del padre o tutor¹ revisten especial importancia cuando se trata de educar para ocupar un puesto preeminente o de mando, en la medida que evitar el yerro en esas posiciones privilegiadas es labor prioritaria porque en manos de estas personas está la suerte de muchos.

* **Dirección para correspondencia:** gonzalez@um.es.

1 En los dos ejemplos que vamos a tratar encontramos estas dos variantes, ya que mientras Gargantua es el padre de Pantagruel, Don Quijote no lo es de Sancho por más que sus desvelos, tanto en los capítulos que vamos a citar como en otros de la novela, no pueden calificarse sino de paternaes.

En los dos ejemplos literarios que me propongo comentar se dan las condiciones expuestas; se trata de los consejos que un padre, o alguien con atributos de tal ofrece a su hijo o encomendado para *afrentar un futuro gobierno*. Pero no son esos lazos temáticos los únicos que unen la carta de Gargantua a Pantagruel y los consejos que Don Quijote da a Sancho Panza en los capítulos XLII y XLIII de la segunda parte del *Quijote*.

Efectivamente, tanto Pantagruel como Sancho Panza suponen la figuración de dos gobernantes de excepción por causas a la vez diferentes y semejantes. La hipérbole que se pretende conseguir con la instrucción de Pantagruel (que no es sino la normal continuación de lo ejecutado por Gargantua) nos lleva, por su misma exageración, al universo de la risa. Y, desde luego, nadie que recuerde el episodio de Sancho Panza gobernando la ínsula Barataria puede dejar de sonreír dado lo inapropiado del rústico sujeto para las tareas de gobierno. Así pues, con la hipérbole o el grotesco, en ambos casos estamos ante dos mandatarios envueltos en un universo literario humorístico. Por ese común denominador de la risa son muchos los elementos coincidentes que aparecen en los respectivos episodios, aunque, dada la diferencia de los sistemas utilizados, también son numerosos, como veremos, los puntos discrepantes.

La carta que Gargantua envía a su hijo y que tan positiva reacción obtiene por parte de éste no insiste en aspectos que ya se han tratado en el Libro I a propósito de la educación paterna. Diríamos que mientras que aquel episodio es la reproducción de la praxis educativa, la carta parece más bien una reflexión teórica.

La educación que Gargantua recibe en París se describe, efectivamente, a partir de sus actividades en uno o varios días. En ellos le vemos realizando todo tipo de ejercicios: gimnasia, natación, vela, caza, instrucción militar, etc., a la vez que aprovecha comidas, conversaciones y paseos para conseguir una instrucción en materias como astronomía, botánica y cultura general.

El hecho mismo de la acumulación de actividades diversas, unido a una poco comprensible pasividad del personaje en lo tocante a gestos cotidianos como el aseo personal, el acto de vestirse, etc, aunque justificables por tratarse de servicios que normalmente se otorgaban a las personas de clase social preeminente, suponen una clara oposición hiperactividad-abulia que no debe dejar de subrayarse. Es efectivamente chocante que quien se ejercita a lo largo del día en juegos de pelota, en el difícil dominio de una embarcación, en la natación o en el buceo... sea sujeto paciente y manejado en lo tocante a su aseo y vestido cotidiano que son hechos absolutamente triviales y de fácil cumplimiento.

A todo esto hay que añadir una cierta mecanización que, aunque se atisba en la hiperactividad ya señalada, resulta patente cuando el personaje, como un ingenio mecánico, realiza sus evacuaciones a hora fija y, sobre todo, cuando vemos que su instructor también aprovecha esos momentos para insistir en sus actividades pedagógicas. Gargantua aparece en esos fragmentos como un objeto que se está programando para unos determinados fines. Lo que todo hombre realiza por sí mismo o en privado él lo realiza con ayuda y observado y, en contrapartida, es capaz de llevar a buen término distintas actividades para las que cualquier humano necesitaría un entrenamiento exclusivo. Con todo lo cual, ya por defecto o por exceso, nunca se observa en él el perfil humano.

Estas breves precisiones en torno al emisor de la carta aclaran en gran medida lo desmesurado de los principios educativos que ésta encierra. En efecto, si tuviéramos que caracterizar

esta epístola brevemente tendríamos que decir que su rasgo más evidente es el hiperbólico, lógico al ser su autor una especie de mecanismo de extraordinaria potencia.

Se puede argüir que una carta educativa dirigida por un padre a su hijo debe tender a proponer un cierto arquetipo de perfección, pero nunca en un grado semejante al que ésta sugiere. La carta de Gargantua, por otra parte, exhibe un cierto grado de deshumanización en cuanto nada hay en ella que refleje la normal relación paterno-filial ya que, desde su comienzo mismo, se centra en el tema a abordar: la educación, prescindiendo de consideraciones previas de las que ningún padre hubiera podido privarse en circunstancias normales.

La carta comienza, en efecto, ponderando la importancia de la educación ya que, siendo la procreación el consuelo de la pérdida de la inmortalidad, de nada serviría si se limitase a la simple transmisión del físico con olvido de lo que es lo primordial: los aspectos psicológicos y anímicos que dependen en gran medida del tipo de educación recibida.²

Tras el elogio de la mejora de las condiciones a que se ha llegado en el momento en que él escribe, en comparación al precedente, comienza a enumerar los objetivos prioritarios a que debe tender Pantagruel, y es entonces cuando se presenta ante los atónitos ojos del lector un programa tan ambicioso y tan difícil de conseguir con las fuerzas humanas que, por su propia imposibilidad, nos hará sonreír. Lo primero que este padre pretende que aprenda su hijo son las lenguas de cultura³, pero, lejos de contentarse con el latín y el griego, que ya hubiera sido un no pequeño esfuerzo, quiere que aprenda “perfectamente”, además de esas lenguas, la hebrea, la caldea y la arábiga. Y el “perfectamente” lo subraya indicando que debe alcanzar en griego la calidad de estilo de Platón y en latín la compleja y prolija expresión de Cicerón, ni más, ni menos.

A partir de este momento sabemos que no sólo se está proponiendo al joven educando una formación perfecta y ejemplar, sino que, dado lo desmesurado de sus objetivos (abarcando todas las lenguas de cultura antiguas), unido al deseo de alcanzar, en cada una de ellas, el máximo de perfección, hace que el proyecto deje de ser la expresión de un ideal humano para pasar a constituirse en una hipérbole que se puede interpretar en clave de humor. Sobre todo, cuando vemos que no se espera de Pantagruel una formación exclusiva de filólogo, sino que, como es lógico, se consideran las lenguas como escalón previo para alcanzar otros saberes, como la astronomía, la zoología, la botánica, la mineralogía, la música, la aritmética, la medicina o el derecho.

2 Véase, a propósito de esta carta :BRAULT, G.J., “Une abysme de science: on the interpretation of Gargantua’s letter to Pantagruel”, BHR, 1996, pp. 615-632. DEFAUX, G., *Pantagruel et les sophistes*, La Haye, Nijhoff, 1973, p. 63. DEMERSON, G., *Rabelais*, Balland, 1986, p. 382. DIEGUEZ, M., *Rabelais par lui-même*, Paris, Seuil, 1960, pp. 120-130. FEBVRE, L., *Le problème de l’incroyance au XVIème siècle. La religion de Rabelais*. Paris, Albin Michel, 1942, pp.183-226. GILSON, E., *Les idées et les lettres*, Vrin, Paris, 1955, pp.230-236. LEFRANC, A., *Rabelais*, Bordas, Paris, 1953, pp. 182-183. MENAGER, D., *Rabelais en toutes lettres*, Bordas, Paris, 1989, pp. 46-50. SAULNIER, V. L., RABELAIS, t. 1, SEDES, Paris, 1983, p. 84

3 “J’entens et je veulx que tu aprenes les langues parfaictement. Premierement la grecque, comme le veult Quintilian, secondement, la latine, et puis l’hebraïque pour les saintes lettres, et la chaldaïque et arabicque pareillement ; et que tu formes ton style quant à la grecque, à l’imitation de Platon, quant à la latine, à Ciceron.

(*Pantagruel*, cap. VIII)

Pero la diversión del lector llega a su culmen cuando, tras esta enumeración de los distintos cauces del saber humano, que se pretende que acumule en su mente una sola persona (por muy gigante que sea) el ambicioso educador afirma:

“Somme, que je voy un abysme de science: car dorenavant que tu deviens homme et te fais grand, il te faudra yssir de cette tranquilité et repos d’estude, et apprendre la chevalerie et les armes pour defendre ma maison et nos amys secourir en tous leurs affaires contre les assaulx des malfaisans»⁴

Al encontrar en ese momento de la carta que la actividad intelectual febril que se acaba de proponer al joven educando se califica de “tranquilidad”, se alcanza uno de los más conseguidos climax humorísticos del libro y, sobre todo, cuando insiste en la idea añadiendo “ese reposo”. El proceso hiperbólico se completa con el de la inversión para conseguir uno de los momentos más regocijantes que pensarse pueda.

Lo más curioso es que, como en todos los procesos humorísticos conseguidos, la risa está acompañada por elementos que producen una serie de consideraciones serias, sobre todo cuando el lector se para a reflexionar sobre la segunda parte del fragmento arriba transcrito y se percata de que todo ese enorme bagaje cultural, ese conocimiento de la naturaleza y de las reflexiones que los más altos sabios hayan realizado, no cambia el natural violento de los hombres, ya que Pantagruel deberá (según le pronostica su padre) recurrir a la fuerza para imponerse. El enorme esfuerzo intelectual que aboca en la nada es una de las más desconcertantes y extraordinarias lecciones que podemos encontrar en el libro de Rabelais.

Cualquier lector avisado se preguntará para qué desarrollar tamaño esfuerzo cuando se deberá descender para la supervivencia a un argumento primario: la fuerza. La carta de Gargantua, que parece un canto exultante al saber y a los dilatados horizontes que al apetito intelectual se ofrecen en la época, renacentista, concluye con una llamada de atención pesimista al hecho incontestable del predominio del argumento de la fuerza ante cualesquiera otros. Es así como en la obra de Rabelais encontramos ecos nihilistas que nos remiten a otras épocas.

Pero, como es habitual en los escritos humorísticos, las partes serias aparecen rodeadas, casi camufladas, por la risa y es lo que ocurre en esta llamada de atención deslizada en la carta de Gargantua. Al concluir la epístola, Rabelais dice que Pantagruel redobla su interés por su educación y que:

“... le voyant estudier et proffiter eussiez dict que tel estoit son esperit entre les livres comme est le feu parmy les brandes, tant il l’avoit infatigable et strident »⁵

Con lo que se da paso a una jocosa inversión, ya que en lugar de encontrarnos ante el influjo del saber en una mente, se nos presenta un ímpetu juvenil que, en lugar de asimilar la cultura, la destruye.

4 *Pantagruel*, cap. VIII. El subrayado es mío.

5 *Ibidem*.

Así pues el pretendido impulso que la carta supone hacia la apertura a todo lo que signifique saber, está lleno de reticencias que suponen muy serias advertencias respecto al modo en que se debe adquirir ese saber, y, sobre todo, al aspecto capital, es decir, la utilización práctica de ese saber para que no suponga una simple excrecencia o añadido que nada cambie en los comportamientos humanos finalmente dominados por la fuerza o la violencia.

* * *

Muy distinto es el tono del discurso de Don Quijote a Sancho Panza a pesar de las coincidencias temáticas señaladas (consejos que recogen premisas educativas para alguien que se ha de hacer cargo de un gobierno por parte de quien se considera casi un padre y, desde luego, responsable de su futura actuación) y del humorismo que también caracteriza la creación cervantina. Y es que, a pesar de esas coincidencias, hay otras circunstancias que contribuyen a crear un universo muy diferente.

En primer lugar podríamos poner de relieve la ausencia aquí de elementos distanciadores, no ya sólo porque los de Don Quijote son consejos emitidos de viva voz y no confiados a una carta, sino, sobre todo, porque se trata de adiestrar a Sancho para un gobierno inmediato, y no de previsiones para la mejor preparación de un futuro príncipe. Este hecho determina el pragmatismo que rezuma todo lo que Don Quijote dice y que queda más que justificado por la urgencia del caso. Con lo cual no nos encontramos ante un programa educativo, sino de actuación.

Por otra parte, las circunstancias de Sancho hacen de él un futuro gobernante de veras singular, por lo que muchos de los consejos de Don Quijote se referirán a lo especial y único de su caso. Por ejemplo, Sancho no sabe leer ni escribir. Apenas garrapatea unas letras donde ni siquiera sabe reconocer su firma. Resulta por lo tanto lógico que, en los consejos de Don Quijote, esté ausente toda referencia a una formación cultural, porque no hay tiempo para llevarla a cabo y, además, el sujeto resulta totalmente incapaz por sus especiales condicionamientos.

A propósito de esta situación, y en contraposición al texto de Rabelais citado, habría que recordar que, en los capítulos que siguen del *Quijote*, Sancho Panza aparece como el gobernador más prudente que darse pueda⁶, con lo que, implícitamente, se estarían proponiendo aquí otros valores que los de cultura como fuente de un buen gobierno.

Siguiendo con Sancho como singular sujeto receptor de instrucciones para el buen gobierno, lo inapropiado de su falta de cultura y el hecho de que, por su nacimiento, nunca podría haber accedido a tales tareas, hacen que Don Quijote se detenga en algunas consideraciones que le puedan hacer paliar esas deficiencias. Fundamentalmente le sugiere que él mismo hable de la humildad de su linaje, a fin de impedir que otros lo traigan a colación

6 OSTERC, Ludovik, "El gobierno de Sancho" in *El pensamiento social y político del Quijote*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975. REDONDO, Agustín, "Tradición carnavalesca y creación literaria del personaje de Sancho Panza en el episodio de la Ínsula Barataria en el *Quijote*", in *Bulletin Hispanique*, t. LXXX, 1978, nº 1-2.

en detrimento suyo y que actúe suavemente.⁷ Y en el capítulo XLIII, trata de formas de comportamiento⁸ sobre las que no habría tenido que insistir de ser otra la procedencia del sujeto receptor.

Pero, al margen de eso, los consejos de Don Quijote insisten fundamentalmente en la conveniencia del conocimiento de sí mismo, que evita la vanagloria y, sobre todo, en encarecer la dificultad de la tarea que se debe desempeñar⁹. Cervantes se reduce entonces a insistir sobre la administración de justicia indicando a Sancho que evite el soborno de los regalos y la aplicación caprichos de la ley,¹⁰ y, sobre todo, le insta a la ecuanimidad de que debe hacer gala poniéndole ejemplos extremos (el juicio de un enemigo, o la sentencia para una mujer hermosa)¹¹.

Bien como efecto de las palabras de su instructor, bien por su natural sencillo y bondadoso, a la vez que por su inteligencia práctica, Sancho se mostrará como un consumado gobernante de la ínsula de Barataria (que ni siquiera es tal isla). ¿Quiere decir eso que Cervantes propugna la ignorancia de la cultura para la consecución de un buen gobierno?

Lejos de eso, Don Quijote dirá a Sancho que es un grave defecto en un gobernante el no saber leer, y Sancho está dispuesto a fingir un impedimento en la mano derecha para excusar el hecho de escribir. Pero, lo cierto es que Don Quijote no hace ningún excursus lamentando la falta de cultura de Sancho, lo que demuestra que no la considera imprescindible, limitándose al terreno práctico de la recomendación de la virtud personal y la ecuanime y exacta¹² administración de justicia.

Las advertencias de Don Quijote se circunscriben a lo perfectamente factible y están expresadas en el más serio de los tonos. Tono que es también el de aceptación de San-

7 “Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores”... Cap. XLII, Segunda Parte.

8 “En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen... No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de la socarronería, como se juzgó en la de Julio César... No comas ajos y cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería... Anda despacio; habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo; que toda afectación es mala... Come poco y cena más poco; que la salud se fragua en la oficina del estómago... Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra... Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie...” Cap. XLIII.

9 “Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra...” Cap. XLII.

10 “Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia” Ibid.

11 “Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso... Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros... Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones...” Ibid.

12 En efecto, Don Quijote advierte: “Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos” (Cap. XLII, Segunda Parte). Sobre lo que suponía esta ley del encaje dice Clemencín en sus comentarios: “...”ley del encaje es lo mismo que ley del capricho, pero no excluye la buena fe” (Nota 16 al capítulo XI de la Primera Parte).

cho, por lo que hay que precisar en qué aspectos del episodio está presente el humor al que aludíamos al principio como un lazo más de unión entre los dos fragmentos literarios aludidos.

A lo largo de todo el libro las conversaciones entre la pareja de interlocutores principales es fuente inagotable de risa. Los dos capítulos que nos ocupan, sin embargo, al estar prácticamente en boca de Don Quijote se destacan por su mayor seriedad, lo que no impide totalmente que el humor haga su aparición. Ello ocurre en la parte final del capítulo XLIII en que Don Quijote aconseja a Sancho la mejor manera de hablar y alude al uso hiperbólico de refranes por parte de su escudero¹³. Sancho, que quiere obedecer a su amo, responderá sin embargo en todo este fragmento ensartando un refrán tras otro hasta encolerizar a Don Quijote. El proceso de un mecanismo irrefrenable pese a los esfuerzos hechos por el sujeto en cuestión provoca la risa del lector, como siempre ocurre al reducir la vida humana a actuaciones mecánicas.

Pero hay otro aspecto más que analizar a este propósito en el citado episodio. Pese a la seriedad de los dos personajes principales el lector no ha abandonado su disposición risueña en todo este fragmento y los que siguen del gobierno efectivo de Sancho, y ello porque tiene más datos para juzgar el conjunto que los propios personajes, ya que sabe que son víctimas de un juego proyectado por gentes vanas y ociosas.

Es así como, cuando el lector haya concluido la lectura del episodio de Barataria y haya admirado la sagacidad y prudencia de Sancho, ha de considerar que todo el esfuerzo realizado por Don Quijote como grave instructor, como por Sancho, puntual realizador del programa, se resuelve en nada ya que el conjunto no ha sido más que un juego. La conjunción del elemento de broma y el elemento de seriedad producen una mezcla que podríamos calificar de grotesca (ya que al juego se une la burla de que son objeto los personajes. Y es esta especial manifestación humorística la que va a dar al episodio su auténtica grandeza.

En un primer momento podemos concluir en consideraciones nihilistas por cuanto el triunfo de Sancho no es realidad más que una simple apariencia y su esfuerzo sólo ha servido de diversión a unos desocupados. Pero, tras esta consideración primera, aparece en toda su evidencia lo irreprochable de su comportamiento. Su participación en un montaje teatral, para él insospechado, nos hace reflexionar en el hecho de que, en la metáfora del gran teatro del mundo, que tanto desarrollo alcanzará en las letras españolas en un momento posterior, sólo una actuación objetiva y alejada de vanagloria, como la desempeñada por Sancho en su ficticio gobierno, logra superar las dificultades que se plantean. La lección de Cervantes sería, por lo tanto, que en el teatro de la vida, el papel del gobernante sólo puede realizarse

13 “—¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! —dijo á esta sazón don Quijote—, ¡Sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te ha de llevar un día a la horca... Dime ¿dónde los hallas, ignorante, ó cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase? —Por Dios, señor nuestro amo —replicó Sancho—, que vuestra merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

con corrección siguiendo los grandes consejos de Don Quijote sobre el conocimiento de uno mismo y la práctica de la virtud y la ecuanimidad. Con lo cual los consejos de un loco arrebatado por la quimera de la caballería andante se constituyen en un programa de gobierno coronado por el éxito de la práctica. No debemos olvidar ante esto que el ideal de los caballeros andantes es la sumisión de la fuerza a la justicia, lo que supone el más ambicioso programa posible no ya de gobierno sino de forma de vida en general.